

II EL MITO NO ES EL SER IDEAL.

Convergamos ahora en entender por el ser ideal no un ser mejor, más perfecto y más elevado que el ser común y corriente, sino simplemente el ser *semántico*. Pues cada cosa tiene su sentido, no desde el punto de vista de su finalidad, sino desde el punto de vista de su significación esencial. Así, la casa es una construcción destinada a proteger al hombre de fenómenos atmosféricos; la lámpara es un aparato que sirve a la iluminación y etc. Está claro que el sentido de una cosa no es la cosa misma; es un concepto abstracto de la cosa, una idea abstracta de la cosa, la significación mental de la cosa. ¿Es el mito semejante ser ideal-abstracto? Por supuesto *no lo es en ningún sentido*. El mito no es producto u objeto del *pensamiento puro*. El pensamiento puro, abstracto es lo que menos participa en la creación del mito. Ya Wundt¹ demostró bien que en la base del mito está la raíz afectiva, puesto que es siempre la expresión de unas u otras necesidades y aspiraciones vitales y esenciales. Para crear el mito para nada se necesita recurrir a esfuerzos intelectuales. Una vez más estamos tratando no de la teoría del mito, sino del mito como tal. Desde el punto de vista de una u otra teoría se puede hablar del trabajo mental del sujeto-creador del mito, de su relación con otros factores psíquicos de la formación del mito, incluso de su predominio sobre los demás factores, etc. Sin embargo, razonando inmanentemente, la consciencia mítica es cualquier cosa menos consciencia intelectual o mental-ideal. En Homero (*Odisea*. XI-145) se representa cómo Odiseo baja al Hades y vivifica *con sangre* a las almas que allí moran por breve tiempo. Se conocen las costumbres de fraternización por medio de la mezcla de sangre de los dedos punzados, o las costumbres de hisopear con sangre al niño recién nacido, como también las de ingerir la sangre del jefe muerto. Preguntémosnos: ¿es acaso alguna construcción mental-ideal del concepto de sangre la que induce a estos representantes de la consciencia mítica a tratar la sangre precisamente de tal manera? ¿Y será posible que el mito del efecto que la sangre produce sea únicamente la construcción abstracta de uno u otro concepto?. Debemos convenir que aquí hay exactamente tanto pensamiento, cuanto, p. ej., en la relación con el color rojo que, como es sabido, es capaz de enfurecer a muchos animales. Cuando algunos salvajes pintan al difunto, o pintan sus rostros antes del combate con pintura roja, está claro que lo que actúa en estos casos no es el pensamiento abstracto sobre el color rojo sino una consciencia distinta, mucho más intensa, casi afectiva, limítrofe con formas mágicas. Sería absolutamente anticientífico interpretar la imagen mítica de Gorgona enseñando los dientes y clavando una mirada feroz -esta encarnación del terror mismo y de la obsesión salvaje, obcecadamente cruel y fríamente tenebrosa- como resultado de la actividad abstracta de unos pensadores a quienes se les ocurrió realizar la separación de

1 Wundt, G. *El mito y la religión*. Traducción bajo la revisión de Ovsyaniko - Kulikovski. San Petersburgo pp 37-51.

lo ideal y de lo real, rechazar todo lo real y concentrarse en el análisis de los detalles lógicos del ser ideal. No obstante todo el carácter absurdo y completamente fantástico de semejante construcción, constantemente aparece en diferentes exposiciones «científicas».

Es especialmente notoria esta tiranía del pensamiento abstracto en la valoración de las categorías psicológicas cotidianas comunes y corrientes. Traduciendo imágenes míticas íntegras al lenguaje de su sentido abstracto entienden emociones mítico-psicológicas íntegras como ciertas esencias ideales, sin tomar en cuenta la infinita complejidad y el carácter contradictorio de la emoción real, la cual, como veremos más adelante, es siempre mítica. Así, el sentimiento de ofensa que en nuestros manuales de psicología se revela de manera puramente verbal, siempre se interpreta como opuesto al sentimiento de placer. Cuán convencional y errónea es esta sicología alejada del mitismo de la consciencia humana viva, se podría demostrar en un sinnúmero de ejemplos. A muchos, por ejemplo, *les gusta* ofenderse. Yo siempre recuerdo en estos casos a Fiodor Karamazov: «Eso es, eso es; agrada darse por ofendido. Lo ha dicho usted tan bien como nunca lo oí. Eso es, eso es; toda la vida me di por ofendido hasta la fruición; pero es bello en ocasiones darse por ofendido. He aquí lo que se le ha olvidado a usted gran stárets, ¡bello! ¡Lo he de escribir así en un librito!». En el sentido ideal-abstracto una ofensa es, por supuesto, algo desagradable. Pero en la vida dista mucho de ser siempre así. Es perfectamente abstracta (traigo otro ejemplo) nuestra actitud cotidiana ante la comida. Mas exactamente no es abstracta la actitud propiamente dicha (ella es a la fuerza siempre concreta y mítica), sino es irreal nuestro *deseo de pensar la actitud* frente a ella, viciado de los prejuicios de una ciencia falsa y del pensamiento cotidiano, mezquino, triste y gris. Se piensa que un alimento es un alimento, y que sobre su composición química y significado fisiológico se puede averiguar en los manuales científicos correspondientes. Pero esto precisamente es la tiranía del pensamiento abstracto, que en lugar del alimento real ve los conceptos ideales puros. Esto es la miseria del pensamiento y la mezquindad de la experiencia vital. Yo, en cambio, afirmo categóricamente que aquel que come carne tiene una sensación del mundo y una mundividencia que se distinguen radicalmente de las de aquellos que no la comen. Y sobre esto yo podría exponer juicios muy detallados y muy precisos. Y el quid no está en la química de la carne, que, en ciertas condiciones, puede ser igual a la química de las sustancias vegetales, sino precisamente en el *mito*. Las personas que no distinguen lo uno de lo otro operan con ideas abstractas (bastante limitadas además) y no con cosas vivas. También me parece que ponerse una corbata rosada o comenzar a bailar para algunos significaría cambiar la concepción del mundo, la cual, como vemos más adelante, siempre contiene rasgos mitológicos. El vestido es una gran cosa. Me contaron una vez la triste historia de un hieromonje del monasterio x. Una mujer vino a él con la sincera intención de confesarse. La confesión fue de lo más verdadera, satisfactoria para ambas partes. Posteriormente le sucedieron otras confesiones. Por último, las conversaciones confesionales se convirtieron en citas de amor, puesto que el confesor y su hija espiritual comenzaron a sentir emociones amorosas recíprocas. Después de largas vacilaciones y dudas ambos decidieron contraer matrimonio. Sin embargo, una circunstancia resultó fatal. Habiéndose exclaustado, puesto el vestido mundano y afeitado la barba, el

hieromonje se presentó una vez ante su futura esposa con la noticia de su salida definitiva del monasterio. Inesperadamente ella lo recibió, por alguna razón, fríamente y sin alegría, a pesar de la larga espera apasionada. Por mucho tiempo ella no pudo contestar nada a las preguntas pertinentes, pero más adelante la respuesta se aclaró en forma horrorosa para ella misma: «no te quiero en el aspecto mundano». Ningunas exhortaciones surtieron efecto y el pobre hieromonje se ahorcó en la puerta de su monasterio. Después de esto sólo un hombre anormal puede pensar que nuestro traje no es mítico, y que es únicamente un concepto ideal, abstracto, al cual le es indiferente si se realiza o no y cómo se realiza.

No voy a multiplicar ejemplos (habrá un número suficiente de ellos más adelante), pero ya es evidente que allá donde hay una débil disposición a la relación mítica con la cosa, el asunto en ningún caso puede reducirse a conceptos ideales solos. El mito no es un concepto ideal y tampoco una idea o un concepto. Es la vida misma. Para el sujeto mítico esto es la vida verdadera con todas sus expectativas y temores, con sus esperanzas y desesperaciones, con toda su cotidianidad real e interés puramente personal. El mito no es el ser ideal, sino *la realidad vitalmente sentida y creada, la realidad material y corpórea, corpórea hasta la animalidad*².

*

2 De entre la enorme bibliografía yo citaré un escrito interesante y rico en materiales que revela las transiciones frecuentemente imperceptibles entre los empleos común y mitológico de las palabras (Rohr I. Der okkulte Kraftbegriff im Altertum. Philologus. Supplbd. XVII. H. I. Lpz, 1923)